



“Discípulos misioneros” o el ADN de la identidad cristiana

+ SANTIAGO SILVA RETAMALES

De cara a la *Misión Continental* y según nuestras *OOPP diocesanas*, el año 2009 es tiempo de sensibilización. Nuestro esfuerzo debe estar puesto en tomar conciencia de nuestra condición de discípulos misioneros, mirando nuestra identidad con ojos agradecidos por el don inmerecido de seguir a Jesús y de anunciar las maravillas que Él hace en nosotros (Mc 5,20).

“Discípulo” y “misionero” son realidades no necesariamente unidas. Puedo ser discípulo sin anunciar al Señor. Y puedo ser un misionero que, por las incongruencias de mi vida, contradiga mi condición de seguidor de Jesús. Entonces no soy verdadero discípulo. Jesús nos enseña: «Serán verdaderamente mis discípulos si permanecen fieles a mi palabra» (Jn 8,31).

Siguiendo a *san Juan*, presentaremos lo que llamamos el *ADN del discípulo misionero*. Se trata de una “cadena genética” de cuatro eslabones que contiene la información esencial que hace que todo “discípulo”, por el hecho de serlo, sea misionero, y que todo “misionero” sustente el testimonio del Señor en su seguimiento alegre.

Los dos primeros eslabones se hallan en el relato del encuentro de Jesús con dos discípulos de Juan Bautista (Jn 1,35-42). A la pregunta de ellos: “Maestro, ¿dónde vives?”, Jesús les contesta: “¡Vengan y lo verán!” (1,38-39). “**Ir a ver**” es el inicio del *ADN del discípulo misionero*.

Jesús es el rostro humano del Padre, Rostro al que hay que “ir”, pero no sólo a “ver”, sino también a “escuchar”, “contemplar” y “tocar”, como el mismo *Juan* lo indica: «Lo que existía desde el principio, lo que *hemos oído*, lo que *hemos visto* con nuestros ojos, lo que *contemplamos* y *palparon* nuestras manos acerca de la Palabra de la vida... eso les anunciamos» (1 Jn 1,1,3; cfr. 5,37). Por tanto, “ir a ver a Jesús” es poner en juego toda la persona con su conciencia y libertad. Hay encuentros con Jesús que no logran aquella calidad que hace posible la convivencia con él, porque no se va -en vocabulario de *Marcos*- a sentarse a sus pies para verlo y escucharlo (Mc 3,34).

Al respecto es ilustrativo lo que ocurre con María Magdalena (Jn 20,10-18). Ella, como Pedro y Juan lo harán después, va al sepulcro y “ve” que corrieron la piedra, “ve” que hay unos ángeles que no reconoce como tales y “ve” a Jesús a quien confunde con el jardinero. “Ve” lo que ella quiere ver, pero “no ve lo de Dios”. Su “ver” es capacidad humana, no aún visión por gracia divina. Como a los dos del Bautista, Jesús le pregunta: «¿Qué buscas?», y luego la llama por su nombre: «¡María!». Ella, apenas escucha su nombre de boca de Jesús, comienza “a ver” de otra manera al punto que lo reconoce resucitado y, como los del Bautista, le dice: «*Rabboní*», es decir, “mi Maestro”.



Cuando Jesús pronuncia el nombre de "María", ella vuelve sobre sí misma y se desploma la visión sensible que explicaba su conducta. Tan absorta está en "su visión" de que han sacado el cuerpo de Jesús que lo tiene que encontrar a como dé lugar. Esta visión no le permite descubrir el proyecto de Dios, tan alejado del suyo (Jn 1,14; 12,44-45). María, por "estar en lo suyo", no "veía" la presencia de Jesús. Sólo cuando responde a la invitación del Resucitado de ponerse ante él con todo su ser (la llama por "su nombre"), María dirá: «¡He visto al Señor!» (20,18). No hay encuentro verdadero sin entregarse uno mismo al Resucitado. Entonces surge la visión de fe, la que aprehende -a partir del encuentro de la propia vida con la Vida- las realidades divinas.

El tercer eslabón del *ADN del discípulo misionero*, en consecución con "ir a ver", lo descubrimos al final del evangelio de Juan, luego de la resurrección de Jesús.

Cuando Pedro y el discípulo amado (Jn 20,1-9) reciben la noticia de parte de la Magdalena de que «se han llevado al Señor, y no sabemos dónde lo han puesto», ambos "van" al recinto mortuario "a ver" qué pasó con Jesús, como los dos del Bautista que "van a ver" en donde vive. El más joven llega primero, pero no entra. Luego, llega Pedro y entra y, detrás, el discípulo a quien Jesús tanto quería; éste «vio y creyó», dice Juan evangelista quizás de sí mismo. Lo que "vio", al igual que Pedro, fueron las vendas de la cabeza y el lienzo del cuerpo en perfecto orden. Por esto "**creyó**", pues quien se lleva el cuerpo no deja todo en orden. La tumba está vacía porque se cumplió la palabra de Jesús: "a los tres días resucitaré". ¡No se lo han robado: ha resucitado! Hay formas de "ver" que suscitan el "creer" y que terminan correspondiendo a éste.

El cuarto eslabón del *ADN del discípulo misionero*, en consecución con "ir a ver para creer", lo encontramos en el relato pascual ya mencionado del encuentro de la Magdalena con el Resucitado (Jn 20,10-18). Este relato se parece mucho al encuentro de Jesús con los dos discípulos del Bautista (1,35-42).

María busca afanosamente el cuerpo de Jesús por el rumor creciente de que se lo han robado (Mt 28,11-15). Después de reconocer al Resucitado, gracias a que la llama por su nombre, el Señor le encarga que transmita su mensaje: «Anda, vete y di a mis hermanos...». Y así lo hace: «Ella contó lo que Jesús le había dicho» (Jn 20,17-18). El cuarto eslabón es "**decir a Jesús" y "decir lo que Él manda"**". El verbo griego "decir" tiene gran variedad de significados. Aquí se puede traducir por "contar, relatar, narrar", y equivale a "dar testimonio" de lo que María ha visto y escuchado de su *Rabboní*.

Los eslabones del *ADN* que llevan la "información genética" de la identidad cristiana son:



- Una respuesta personal y conciente que secunde la invitación de Jesús a estar con Él (**IR: opción**),
- para verlo, escucharlo, contemplarlo, tocarlo..., pues la pedagogía del Maestro de Nazaret consiste en compartir con Él (**VERLO: convivencia**).
- Al compartir día a día con Él se experimenta el amor del Padre que ofrece en abundancia por su Hijo Jesús, y así suscita la fe que se entiende y vive como conocimiento y adhesión vinculante al Resucitado y su obra (**CREER: comunión, fundamento de la comunidad**; 1 Jn 1,3),
- para contarlo al mundo entero, cosa que nadie puede hacer si no ha visto ni creído que Jesús de Nazaret es el Hijo y el Mesías resucitado (**DECIRLO: misión**).

La "cadena genética" del discipulado misionero, porque es *una cadena*, sólo generará identidad plena si están todos sus eslabones y están unidos.

Volvamos al planteamiento inicial. ¿Se puede ser discípulo sin ser misionero?, ¿se puede ser misionero sin ser auténtico discípulo? ¡Sí, es posible! Basta la ausencia de la cadena o dividirla en cualquiera de sus puntos. Es toda la cadena de lo que llamamos *ADN cristiano* lo que hace que el "discípulo" sea testigo del Señor y que el "misionero" lo testimonie con su vida. Sólo en virtud de este *ADN* se anuncia al Resucitado con el testimonio de la propia vida transformada por su Vida nueva (*contenido*; Jn 6,40) y se anuncia por desborde de gratitud y alegría (*estilo*).

El afán principal de este tiempo de sensibilización para la *Misión Continental* es reconocer nuestra identidad en el mundo de hoy (el *ADN cristiano*) uniendo indisoluble y vitalmente "discipulado" y "misión": que nuestro discipulado sea misionero, y que la misión consista en una vida conducida por los valores del Reino en los ambientes en que nos movemos.

Cualquier pedagogía de sensibilización en la identidad cristiana tendrá, pues, que centrarse en la conformación del *ADN del discípulo misionero*.

+ Santiago Silva Retamales
Obispo Auxiliar de Valparaíso
Secretario General de la CECh.